

*Es altamente probable que esta frase, de ser leída, se presente ante usted impresa en papel. Ha comenzado a circular un sabrosísimo recorrido histórico y geográfico por la vida de este versátil material, obra del bibliófilo Nicholas A. Basbanes, quien participará en los festejos por los 80 años del Fondo con una conferencia sobre el papel como tecnología. En este adelanto se perciben con claridad la intención y las dotes narrativas del autor*

ADELANTO

## **Sobre el papel (fragmentos)**

NICHOLAS A. BASBANES

## LA HISTORIA DEL PAPEL

Antes de que comenzara a circunnavegar el globo terráqueo hace cerca de mil quinientos años, la técnica para hacer papel era un arte patentado protegido, y sus usos tan variados y tan prácticos que los chinos la consideran hoy uno de sus cuatro inventos más notables de la Antigüedad. En su *Novum Organum*, sir Francis Bacon afirmó que los otros tres hitos tecnológicos de ese grupo de élite —pólvora, impresión y brújula magnética— “cambiaron la faz del mundo y el estado de las cosas alrededor de él” en grado tal que “ningún imperio, ninguna secta, ninguna estrella parece haber ejercido en los asuntos humanos un poder ni una influencia mayores que estos descubrimientos mecánicos”. Aunque sir Francis no incluyó el papel en esta breve lista de inventos que cambiaron el mundo, sí lo consagró como una “peculiar instancia del arte”, otra forma de decir, en esencia, que era único en su género.

Sin embargo, Bacon no tenía idea de cómo surgió el papel, dónde se originó o cómo viajó de un país a otro durante el milenio previo; “por mera casualidad” es la esmerada frase de Bacon para hablar de la génesis del “más noble de los descubrimientos”. Lo que Bacon tampoco mencionó —quizá porque era tan evidente en el siglo XVII como en la actualidad— es que sin papel no habría impresión, uno de los muchos casos donde los académicos reúnen a este par como avances técnicos aliados, reunión en la que el papel por lo general lleva la peor parte, en especial en términos de las repercusiones de ambos inventos en la difusión de la cultura.

La larga lista de superficies para la escritura a través de los siglos incluye piedras, pieles de animales curtidas, telas tejidas, hojas de metal aplanadas, cortezas de árbol, huesos secos de animales, conchas marinas y pedazos de cerámica. En algunas partes de la India y el sureste de Asia había bibliotecas enteras grabadas en hojas de palma y cáscaras de coco; en Perú, los incas llevaban la cuenta de sus sembradíos y registraban sus misteriosos cálculos mediante intrincados nudos en delgados cordeles conocidos como *quipu*. En Egipto, los pergaminos hechos a partir de delgadas secciones de ciertos juncos de pantano eran codiciados a lo largo del Mediterráneo por su ligereza y flexibilidad: durante 4 000 años esa planta, el papiro, fue el estándar dorado de las superficies de escritura. Pero en términos de longevidad, el lugar de honor corresponde a la arcilla, que, junto con el agua, es el recurso natural más productivo del Medio Oriente, donde la escritura estaba bien establecida cerca del año 3000 a.C., y era útil en menesteres que trascendían el registro de información.

El más antiguo ensayo conocido que considera la tecnología de la fabricación del papel se encuentra en *Wen Fang Ssu Phu*, comentario general sobre caligrafía que recopiló en el siglo X Su I-Chien, académico de la primera dinastía Sung. Hoy conocido como *Los cuatro tesoros del estudio* —los cuatro tesoros son pincel, tinta, mortero de tinta y papel—, el tratado incluía una sección sobre el papel enriquecida con anécdotas y referencias literarias a periodos más tempranos. Su I-Chien hablaba de un ambicioso proyecto en el cual la bodega de un barco se convertía en un enorme recipiente para fabricar hojas de la mejor calidad, con las cuales se elaborarían pinturas panorámicas, algunas de ellas de más de cuatro metros de largo. Con movimientos coordinados al ritmo de un cadencioso tambor, 50 obreros levantaban y agitaban al unísono aquel gigantesco molde. Para obtener una consistencia suave, el equipo no pegó la esterilla de papel sobre la superficie de una pared caliente hasta secarla, como habría hecho normalmente, sino que desplazó gentilmente la hoja recién formada sobre las brasas de una hoguera mientras seguía dentro del molde.

El bajo costo y la flexibilidad del papel lo hizo ideal para fabricar abanicos, parasoles, linternas y cometas. Su utilidad en el cuidado de la higiene personal —el papel higiénico desechable hecho con paja de baja calidad fue otra idea de los chinos— pronto le ganó popularidad. A partir del siglo IX, los guerreros en terreno montañoso usaban una suerte de armadura hecha con capas de papel que tenía la ventaja de ser ligera y antioxidable. El comerciante veneciano Marco Polo contó cómo

los chinos fabricaban “ligera ropa de verano” a partir de “material extraído de las cortezas de ciertos árboles”. También describió la quema de efigies de papel en funerales e informó que los deudos “tomaban representaciones de varias cosas recortadas de papel de algodón —imágenes de caballos, camellos, armaduras, incluso dinero falso— y las lanzaban al fuego junto con el cadáver para que todo ardiera junto”.

## MI PAPEL EN ESTA HISTORIA

Como autor de obras de no ficción, he dedicado buena parte de mi vida al estudio de los libros en todos los contextos imaginables, de modo que un texto acerca del propio material de transmisión de la escritura no debe sorprender a nadie. Al final, no obstante, estos venerables recipientes de sabiduría compartida no fueron más que el punto de partida de lo que habría de convertirse en una más amplia y honda aventura de investigación, aventura en la que aún descubro historias e ideas que este mundo ilimitado exigiría que se incluyesen en estas páginas. Así de atractivo es este tema.

Más allá de la evidente utilidad del papel como superficie para la escritura, su invención en China durante los primeros años de la era moderna permitió el surgimiento de la impresión. Los primeros artefactos para hacerlo fueron los sellos tallados en bloques de madera labrada, proceso hoy en día conocido como xilografía (que literalmente significa escribir con madera). No mucho tiempo después de que el mundo árabe aprendiera de los chinos a hacer papel en el siglo VIII, el Medio Oriente se convirtió en un centro de energía intelectual en el que el papel se erigió como el medio óptimo para registrar tanto las ideas como los cálculos de los académicos y matemáticos musulmanes. A finales del siglo XI, el primer punto de apoyo de este proceso en Europa fue España, de donde migró a Italia en el siglo XIII, lugar que se convirtió, en esa misma época, en la cuna de lo que más tarde se conocería como el Renacimiento. Desde Europa la impresión en papel se abrió paso a América del Norte y al resto del mundo habitado.

Una buena cantidad de especialistas relata, por partes, la inexorable propagación de este versátil material; estas investigaciones se mencionan profusamente en mi bibliografía. Aunque sin duda estoy consciente del desplazamiento cronológico de este ubicuo producto, lo que impulsa este libro no es una línea del tiempo tradicional acerca de su descubrimiento y su adopción, si bien un objetivo de la primera parte es ofrecer un resumen selectivo de su gloriosa historia.

El hilo conductor de este libro apunta más bien hacia la *idea* del papel, una idea que sin duda absorbe las visiones gemelas de medio y mensaje, pero que examina asimismo su calidad de herramienta indispensable de gran flexibilidad y utilidad. Robert Lang, físico de láseres y maestro de origami, a quien conocerán en el capítulo xv, practica el credo de que “todo es posible en el origami”, lo cual bien puede afirmarse del papel. El papel es ligero, absorbente, fuerte, abundante y portátil; se puede doblar, enviar por correo, cubrir con cera y hacerlo resistente al agua; en él es posible envolver pólvora o tabaco, o hervir té. Ha servido en abundancia para registrar nuestra historia, redactar leyes, cerrar negocios y mantener correspondencia con nuestros seres amados, decorar paredes y establecer nuestra identidad.

Si de pura utilidad se trata, las modernas prácticas de higiene serían inconcebibles sin el papel; cuando se usa como moneda, la gente moverá cielo, mar y tierra para poseerlo. En el dominio del intelecto, toda forma de indagación científica comienza en la mente como una chispa no verbal, y con mucha frecuencia ese estallido de percepción se visualiza en plenitud sobre una hoja de papel; como instrumento del proceso creativo, los innovadores de cualquier filiación dibujan y juegan a placer sobre papel, diseñan en él edificios y máquinas, componen música y crean poesía en su superficie. Al tiempo que una “revolución de papel” recorría Europa en el siglo XVIII, arquitectos y diseñadores transformaban las formas y los medios del paisaje vivo. En particular, es difícil imaginar la Revolución industrial sin los manuales claramente reproducidos con que se guiaba a los equipos de ensamblaje en sus diferentes labores.

En la era de la computación, el término “virtual” se convirtió en una herramienta

para describir la realidad simulada que existe muy al margen del mundo concreto, una existencia alternativa que no es sólo una copia sino un sustituto de la cosa real. En el ámbito de la expresión de imágenes, no hay en absoluto nada nuevo en este concepto; durante milenios, las personas se han dedicado a crear retratos de sí mismas y de su entorno, y hay ejemplos patentes de ello en las pinturas rupestres de hace miles de años, en la última Era de Hielo, muchas impresionantes hasta el día de hoy por su arte y realización. Aunque en modo alguno es único en tal sentido, el papel ha cumplido por siglos noblemente esa función.

No sólo estamos sumergidos en un mundo de papel; también lo estamos en un mundo de lugares comunes relacionados con él. George W. Bush venció a Al Gore en 2000 “por una brizna”; el engaño alrededor del fiasco de Enron se construyó sobre un “pañuelo de mentiras”, y la frágil estructura que en consecuencia se colapsó era una “castillo de naipes”. Golpear a alguien hasta dejarlo hecho “trizas” significa infligirle una tremenda tunda. “Trazar” un plan significa diseñar un curso de acción específico. Día tras día nos enfrentamos al “papeleo”, corolario de hallarse “bajo una montaña de papeles”; un “tigre de papel” es un cobarde, debilucho o farsante, según se desee. Sin ningún reparo admitiré que yo mismo juego con estas frases a lo largo de este libro: algo que “no vale el papel en el que está impreso” me resultó irresistible, y dio lugar a la premisa del capítulo XI, que llamo “Valor nominal”.

Cuando terminaba el primer borrador de este manuscrito, los Medias Rojas de Boston —equipo que sigo con obsesión desde que mi padre me llevó en 1953 por primera vez al Fenway Park— cerraron el campeonato con el fracaso más espectacular en la historia del beisbol de las Grandes Ligas: quedaron fuera de los *playoffs* desperdiciando lo que parecía una ventaja inalcanzable de nueve juegos cuando a la temporada 2011 le quedaba menos de un mes. Para duplicar el dolor del colapso, al principio de la temporada se predecía que, con su alineación de quince jugadores muy bien pagados y considerados *All-Stars*, Boston era por mucho el mejor equipo en salir al campo aquel año. La revista *Sports Illustrated* eligió a los Medias Rojas para ganar cien juegos y deshacerse fácilmente de los Gigantes de San Francisco en la Serie Mundial; incluso los articulistas más experimentados de Nueva York, hogar de sus archirrival, los Yanquis, se impresionaron con las posibilidades de los Medias Rojas de ganar el campeonato.

J. D. Drew, uno de esos bien pagados jugadores de los Medias Rojas, comentó a Dan Shaughnessy, destacado columnista deportivo del periódico *Boston Globe*, cuando se acercaba el juego de apertura, en abril: “Entiendo por qué la gente dice que podemos llegar otra vez a la Serie Mundial. En el papel, tenemos un muy buen equipo”. Fue ese despreocupado comentario de supuesta inevitabilidad —todo funcionaba perfectamente en abstracto sobre un cuaderno imaginario— lo que dio motivos a Shaughnessy para hacer una pausa y presagiar con sorprendente precisión: “Pero las cosas nunca ocurren como se planean en papel, ¿o sí?”

En un encuentro en Hanói en junio de 2012, el secretario de Defensa estadounidense, Leon Panetta, entregó al vietnamita ministro de Defensa Nacional, Phung Quang Thanh, un pequeño diario marrón que un infante de marina estadounidense obtuvo de un soldado norvietnamita caído en 1966. A cambio, Thanh le entregó a Panetta un aluvión de cartas personales extraídas del cadáver de un sargento del ejército, Steve Flaherty, de la 101ª División de Fuerzas Aerotransportadas, caído en batalla en 1969. El *Washington Post* resumió el intercambio de objetos con la observación de que ambas reliquias de un momento histórico en que las dos naciones eran “enemigos acérrimos” se convirtieron al instante en “símbolos de la cambiante relación entre los Estados Unidos y Vietnam”, y cada uno de ellos no era más que un registro en papel que, de no haber servido esa función, nada tendría de especial. ◀

*Nicholas Basbanes es autor del exitoso A Gentle Madness (1995), que fue finalista del National Book Critics Circle Award. De papel. En torno a sus dos mil años de historia —que aparece este mes— será su primera obra traducida al español.*



### DE PAPEL

En torno a sus dos mil años de historia

NICHOLAS A. BASBANES

HISTORIA  
Traducción de  
Ignacio Padilla  
1ª ed. 2014; 404 pp.  
978 607 16 2217 4